

monos, les queda de que les coja confesados a los autores del fraude descomunial.

Por otra parte, está de por medio la muerte de un famoso banquero, Riberto Calvi, el mismo que hace unas semanas se suicidó o, más bien, le suicidaron. Obviamente se trata de un hombre de la máxima confianza de Pablo II. Sobre él pesa la acusación de evasión de capitales al extranjero por un montante de 2.500 millones de dólares. Y por si ello fuera poco, también está incurso en el fraude el Banco Ambrosiano, concretamente, el Banco del Vaticano.

El cardenal americano John Yahn y el alemán Joseph, que son dos personalidades de las más destacadas en la famosa comisión de los quince purpurados, a las que nos hemos referido anteriormente cara a la clarificación del fenomenal embrollo, afirman lo que sigue: "Es necesario hacer un censo de las finanzas vaticanas, hacer los balances precisos, utilizar una sociedad de revisión y control de los libros contables y armonizar los intereses de las divisas de la Administración". En correcto castellano, los purpurados en cuestión dan a entender que no había control del censo y de las finanzas, ni tan siquiera libros de contabilidad ni detalles del movimiento de divisas. Como se desprende de lo que antecede, el banquero suicidado o asesinado, era sencillamente el amo de todo y hacía y deshacía a su antojo, terminando por arrambler con todo, hasta con su propia vida. Naturalmente, de ahí arranca la quiebra sin paliativos en que se debate uno de los organismos más poderosos del mundo.

Es insólito que esos señores con tantas infulas y tan pegados a Dios, hayan malversado cantidades tan elevadas, pasando por alto la posibilidad de incurrir en herejía y, por consiguiente, tener el pasaporte pagado para ingresar en el infierno. Ello pone de relieve que les importa un bledo las cosas de la iglesia. Y, por añadidura, que sus prácticas huelen y no a rosas.

En suma, con las finanzas de la Iglesia acontece lo mismo que con las de los Estados. En ambos supuestos se roba a mansalva y sin medida. Ciertamente, los políticos, no temen a su conciencia ni a la judicatura que los mima. Lo mismo acontece con los altos dignatarios de las Iglesias. Realmente, ello pone de manifiesto que no temen al más allá, cuya muletilla esgrimen para abrirse camino y para materializar sus fechorías. Prefieren vivir a lo grande en este mundo, reservando el otro para los descamisados. No tienen remordimientos de conciencia, precisamente porque no la tienen, cebándose en la explotación de sus congéneres, en tanto ellos se amorran al pesebre.

El tipo de moral que practican algunas de las altas jerarquías vinculadas al Vaticano se halla absolutamente devaluada. Sus milagros no difieren de las hazañas que llevaban a cabo los bandoleros cuando se tiraban al campo, allá por el siglo pasado, generalmente en aras de reivindicaciones asumidas y nunca concedidas. Es más, una valoración objetiva de unos y otros, pondría de manifiesto que los bandoleros tenían innato sentimiento de justicia social, una rebeldía militante y un amor acendrado a la libertad. Ante las iniquidades de que eran